



La mujer loba
ataca de nuevo
y otros relatos

Leo Masliah

Narrativa
Contemporánea
Ediciones Godot

La mujer loba ataca de nuevo

Leo Masliah

Narrativa Contemporánea

Ediciones Godot

Masláh, Leo **La mujer loba ataca de nuevo** - 1ª ed. -

Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2010.

224 p. : il. ; 20x13 cm.

ISBN 978-987-1489-11-4

Fecha de catalogación: 23/01/2010

La mujer loba ataca de nuevo

Leo Masláh

Corrección

Hernán López Winne

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumíán

Ediciones Godot

Colección Narrativa Contemporánea

www.edicionesgodot.com.ar

edicionesgodot@gmail.com

Buenos Aires, Argentina, 2010

Prologuito

Este libro fue publicado por Yoea en 1992 en Montevideo y reeditado en 1994. Era inédito en Argentina hasta ahora, salvo por uno de los relatos (El estudiante) que figuraba en la primera edición de *Carta a un escritor latinoamericano y otros insultos* (Ediciones De la Flor, 2000) pero no en la segunda (Ediciones En Danza, 2007). La primera edición, en la contratapa, decía cosas como “este libro comprende cuatro relatos que cubren un espectro temático de gran amplitud, lo cual por supuesto no representa por sí solo ninguna virtud, ni nos dice nada de su magnitud, ni obliga al lector a sostener ningún tipo de gratitud”, que afortunadamente nada nos obliga a repetir aquí.

Notas para la corrección¹

En este libro las palabras que existen en otros idiomas (stand, impasse, etc.) no deberán ir en cursiva, debido a que eso transmitiría, además del sentido de las palabras y de las frases a que pertenecen, una cierta manifestación de conciencia idiomática que el autor prefiere no imprimir a estas historias. En algunos casos ciertas palabras de otros idiomas aparecen entre comillas; eso sí forma parte de un tipo popular de aprehensión de la dimensión idiomática que es compatible con los textos.

Los pronombres demostrativos que aparecen con acento escrito deben conservarlo, ya que son indisolubles de las razones que llevaron al autor, en la década del ochenta, a redactar de esa forma y no de otra.

¹ De una hipotética y lejana reedición sobre la que el autor no pudiera tener injerencia.

La mujer loba ataca de nuevo

Amanecí en mi casa, en mi apartamento, en mi cama. El despertador sonó a la hora acostumbrada. Yo encendí el velador y manoteé de la mesa de luz el libro que había empezado a leer la noche anterior. Era una novela policial y yo quería llegar a ese punto (que existe en casi todas las novelas del género) a partir del cual uno se ve impelido por una fuerza mágica a continuar la lectura ininterrumpidamente, sin la carga de voluntad que sí es necesaria para leer y prestar la debida atención cuando se está en los comienzos. Pero ese punto no llegó (no sé cuántas páginas más adelante habría de hallarse; hasta hoy no retomé la lectura de ese libro), así que me levanté. Descorrí un poco las sábanas y las frazadas en la cama y abrí la ventana para que el cuarto se ventilara. Recordé entonces que Diana se había acostado conmigo esa noche, pero debió haberse ido poco después que yo me dormí, como hacía a menudo para pasar al menos parte de la noche en su casa, de tal modo de estar allí cuando su hijo se despertara para ir a la escuela.

Estaba casi seguro de que no habíamos hecho el amor. Mientras me duchaba entré en erección y me propuse llamar a Diana por teléfono en algún

momento de la mañana, y combinar un encuentro erótico para antes del fin de semana. Sabía que esto no era fácil, porque Diana prefería no salir de noche los días de semana, y quedarse en la casa con su hijo. Pero ella había olvidado su bufanda en la silla de mi cuarto, y planeé decírselo, con la intención de hacerla venir a buscarla y cuando llegara al apartamento provocar el encuentro sexual. Esto tampoco sería fácil, porque a Diana no le gustaba hacer el amor si tenía que irse enseguida. Por otra parte yo había desperdiciado, creo –por cansancio o sueño atrasado–, la oportunidad de la noche del domingo, y quizá Diana me hiciera esperar hasta el sábado, como reprimenda.

Seguí pensando en esto mientras salía del baño y me vestía. Fui hasta la puerta del apartamento, la abrí, recogí el diario y volví a cerrarla. Eran las siete y cuarto. Leyendo el diario, esperé al repartidor de pan hasta las siete y media (casi siempre venía a esa hora), pero no vino, así que preparé un café y lo tomé acompañándolo con un par de galletas viejas que aún tenía en una lata. Luego me cepillé los dientes y salí. Tuve que tomar un taxi, para no llegar tarde. Durante el trayecto –ya había bastante claridad, y el día se perfilaba soleado– continué mi lectura del diario. Al igual que en los días anteriores, había varias páginas dedicadas a la reciente visita del Papa, y a comentarios sobre sus opiniones y declaraciones respecto a la sexualidad, al divorcio y al aborto. Me llamó la atención un reportaje a una conocida escritora a la que yo respetaba mucho por sus actitudes públicas, aunque no había leído ninguno

de sus libros. A la pregunta de qué pensaba ella del aborto, contestaba que era contraria a esa práctica “porque un hombre no puede estar facultado para decidir si su hijo o su hija tiene o no derecho a vivir”. Me sorprendió que dijera “un hombre”. Si usaba el sustantivo en su acepción general, abarcando en él tanto al macho como a la hembra de la especie humana, ¿por qué luego modificaba su criterio y hablaba de “su hijo o su hija”? ¿Sería para acentuar, con esa particularización –y las imágenes que ella pudiera evocar–, la magnitud de lo que ella consideraba un acto criminal? Y si no había usado la palabra “hombre” en su acepción general, ¿creía ella verdaderamente que en el estado actual de la sociedad era el hombre, y no la mujer, quien tenía el poder de decidir si ésta debía abortar o no? Yo sabía de la postura feminista sostenida por esta escritora, pero me era difícil creer que ella viera tal grado de machismo en el orden social contemporáneo. Sin duda, en muchas parejas era el hombre quien persuadía a la mujer acerca de la conveniencia o no de un aborto en situaciones de embarazos socialmente conflictivos, pero no podía desconocerse que en otros tantos casos era la mujer quien tenía la última palabra sobre esto, y yo pensé que si la escritora hubiera querido pronunciarse categóricamente respecto a su desacuerdo con que una persona decida la suerte del embrión que ayudó a crear, debería más bien haber hablado de la mujer que del hombre ya que era ella quien, en última instancia, tomaba la decisión final de entrar al consultorio del abortero. ¿Se hallaba entonces oculto, detrás de esta aparente

prédica anti-aborto, un panfleto feminista que sólo abogaba por la independencia de la mujer para decidir cuándo abortar y cuándo no? Éste –pensé– sería un buen tema para discutir con la gente de la oficina, si no había mucho trabajo.

El taxímetro llegó a destino y cuando saqué dinero para pagar el viaje observé que el coche tenía otra palanca al lado de la de cambios, igual a ella. A decir verdad me era imposible determinar cuál de las dos era la palanca de cambios. Ninguna de ellas era el freno de mano, que estaba más atrás y se veía muy claramente como tal (aún para mí, que no sabía conducir).

–¿Para qué es la otra palanca? –pregunté.

–¿Qué otra palanca? –el taximetrista se volvió para mirarme. Hasta entonces yo no le había visto la cara.

–¿Cuál de estas dos es la de cambios? –le pregunté, señalando las dos palancas mellizas.

–Las dos –dijo él de mala gana–. Ésta es para primera y tercera, y ésta para segunda y cuarta.

Le agradecí el dato y le pagué. Al bajar lamenté no haberle preguntado si el coche venía así de fábrica o si lo de las dos palancas era una reforma que se le había hecho quién sabe por qué razón de índole mecánica.

El portero de la oficina me saludó. Yo retribuí el saludo, y él me comunicó entonces que el reloj marcador de tarjetas había sido retirado para reparar, así que había que firmar en un libro, al entrar, haciendo constar la hora de llegada. Para la salida había otro libro igual, al lado.

–Gracias –dije, y entré. Firmé el libro y

caminé entre los escritorios, rumbo a mi pequeño recinto jerárquico. Nadie estaba trabajando todavía. Los pocos empleados visibles estaban tomando té o café. Al pasar cerca de Rodríguez (el más viejo de la sección) le pregunté si no había nada para mí. Me dijo que no, que todavía no había llegado nada, y yo le contesté que no me refería a eso sino a la posibilidad de tomar yo un té o un café.

—Ah, sí, cómo no, señorito. Enseguida se lo sirvo. Café, ¿verdad? —dijo—.

—Sí, Perkins —contesté, siguiendo lo que interpreté como una broma (“Perkins” era el nombre de un mayordomo en una serie televisiva del momento), aunque no estaba acostumbrado a bromear con Rodríguez, y menos sobre cosas vinculadas a nuestras diferentes jerarquías en la empresa.

Entré a esperar el café en mi recinto, una pequeña oficina separada del resto de la sección por mamparas de vidrio. La bandeja de asuntos pendientes estaba vacía, así que luego de lamentarme por no haber traído la novela policial que estaba leyendo, me puse a pensar en si para rascarme el testículo izquierdo era más conveniente usar la mano izquierda o la derecha. Mi disquisición dio como veredicto que era la izquierda, pero cuando al pasar a la faz ejecutiva movilicé esa mano me di cuenta de mi error: con esa mano nunca habría de poder dar por bien rascado el testículo. Tenía que ser sí o sí con la derecha. De lo contrario pocos minutos después sentiría seguramente una cosa como de incompletud, que habría de llevarme a poner todo

ahí abajo definitivamente en orden con esa mano que no sólo lo es por su forma –en mí, que soy diestro–, sino porque es la única que sabe asumirse a sí misma plenamente como tal.

Estaba en plena operación de rascada cuando Shirley, la encargada de archivo, pasó cerca de uno de los vidrios de mi trinchera y me lanzó una mirada... cómo lo diré... una mirada fogosa. Ella nunca me había mirado así. Fue algo muy breve, pero me puso a rodar toda clase de películas acerca de un cambio radical en lo que habían venido siendo nuestras relaciones hasta ese momento, es decir relaciones puramente laborales. Yo sentía un fuerte deseo de ella desde que, unos meses atrás, había ingresado a la oficina, pero no me había atrevido a hacérselo notar porque la veía siempre muy entusiasmada con su novio, un sujeto joven y desgreñado que invariablemente la esperaba a la salida todos los días. Y prefería, para hacerle saber mi interés por ella, esperar la eventualidad de que ese noviazgo no persistiera, ya fuese por ruptura en la relación o porque decidieran casarse, en cuyo caso después de unos meses de matrimonio podría yo iniciar un intento de seducción, que tendría éxito si yo era capaz de mostrarme como alternativa o válvula de escape frente a las primeras decepciones que a ella le deparase la vida conyugal. A todo esto me acordé de Diana y pensé llamarla, pero aún era temprano, así que decidí esperar.

Shirley volvió a pasar muy cerca de mi mampara un par de minutos después y me pareció que volvía a mirarme, pero no estaba seguro porque en ese

momento Rodríguez entró con el café y yo había enfocado mi vista en el sobrecito del azúcar. Tenía impreso un dibujo que representaba a una mujer muy conocida, pero yo no acertaba a identificarla.

—¿Quién es esta mujer? —pregunté a Rodríguez.

—Es Nidia Basinger, la campeona mundial de salto con garrocha.

Pensé que debía haber visto a esa mujer varias veces en el diario, y de ahí la familiaridad que me despertaba su rostro. Yo no prestaba habitualmente mayor atención a las páginas deportivas.

—¿Qué opina del aborto, Rodríguez? —pregunté, recordando lo que había leído en el taxi—. Estos días se está hablando mucho de eso.

—Y... yo en principio me opongo —contestó él—. Pero nunca enfrenté directamente el problema. Soy estéril.

—Ah... No sabía.

—No se preocupe. Hace ya muchos años que dejé de hacerme problema por eso.

—De todas maneras —dije, tratando de remediar la situación— eso no le habrá impedido pasar sus buenos momentos con las mujeres, ¿no?

—Claro —dijo él—. Pero por suerte nunca fui un Don Juan.

—Sí, para no atragantarse hay que comer despacio. Yo creo que si pudiera verme regularmente con las cuatro o cinco mujeres que más me gustaron en la vida, no andaría atrás de ninguna otra, por más que fuera como esta Nidia Basinger, que es un espectáculo.

–Sí –dijo Rodríguez–. Ya era tiempo de que pusieran alguna mujer en los sobrecitos de azúcar. Yo ya estaba cansado de ver hombres.

–¿De veras? ¿A quiénes pusieron? No recuerdo haber visto esos sobres.

–Eso le pasa por usar sacarina.

–Es cierto –dije–, pero ya me cansé de eso. ¿Cómo se dio cuenta?

–¿Por qué lo dice?

–Porque me trajo el azúcar.

–Siempre se lo traigo –dijo él–. Por si acaso.

La secretaria del gerente entró por la puerta de calle y Rodríguez, viéndola a través del vidrio, se apresuró a salir de mi recinto y enfilarse hacia su escritorio. Yo me levanté y salí detrás de él.

–Perdón, Natalia –dije a la secretaria, poniéndome en su camino. Era una mujer de unos cincuenta años, todavía atractiva, sobre todo por el volumen y firmeza aparente de sus pechos. Sin embargo ese día la ropa que llevaba no hacía nada por resaltar ese atributo.

–¿Sí? –dijo mirándome con cierta extrañeza, como asustada.

–Necesito hablar con el señor Puglia. ¿Le parece que él me pueda recibir durante la mañana?

–Sí, no hay problema. Yo se lo mando.

–¿A mi oficina? –pregunté.

Ahora el extrañado era yo. Puglia no acostumbraba salir de la gerencia, y por lo común era necesario solicitar con uno o dos días de anticipación las entrevistas con él. Por otra parte, la expresión “yo se lo mando” me resultó poco

consecuente con el habitual rigor burocrático que caracterizaba a Natalia en su manejo de los asuntos de Puglia, un hombre a cuya sumisión se entregaba con devocional respeto, cuando no también –si eran ciertos los rumores que desde algún tiempo corrían– con su pubis.

Bueno. Eran cerca de las diez cuando descolgué el teléfono para llamar a Diana, pero Shirley entró sorpresivamente a mi recinto. Yo no la había visto acercarse a la puerta de vidrio.

–Perdón –dijo–. ¿Estás ocupado?

–No, no, pasá.

Colgué el tubo.

–¿Me puedo sentar?

–Sí, claro.

Shirley ubicó convenientemente la única silla que había en el lugar fuera de la que yo mismo ocupaba, y se sentó, con una simultánea sacudida de cabeza tendiente a acomodarse el cabello, como es costumbre generalmente en las personas de cabello lacio cuando lo tienen bastante crecido. No había traído ninguna carpeta, ningún papel, ninguna nota de crédito.

–Tu dirás –le dije, aunque no tenía ningún apuro por que ella hablara.

Se puso a jugar con sus dedos contra el borde de mi escritorio.

–¿Te gustan las películas de terror? –me preguntó, luego de unos instantes de silencio durante los que yo no pude pensar en otra cosa que en ella.

–Sí. Claro. Me encantan.

–Ayer alquilé dos, y las tengo que devolver

mañana. Pensábamos verlas esta noche en mi casa con Javier, pero él...

—¿Quién es Javier? —le pregunté.

—Mi novio, pero ahora me llamó y me dijo que tiene que estudiar y no va a poder venir.

Shirley dijo esto con una ligera mueca, una torsión hacia arriba de parte del labio superior. No llegué a comprender si la mueca era para menoscabar la mención del novio o si era una expresión de fastidio por no poder ir él esa noche a su casa.

—¿Vos... estás ocupado? —siguió diciendo, y giró un poco la cabeza con el solo fin de mirarme de reojo. Este gesto, esta afectación, unida al significado de la pregunta, me resultó tan excitante que debí meterme nuevamente la mano en el pantalón y ordenar las cosas de la forma en que me lo pedía su nuevo estado.

—¿Esta noche? —le pregunté.

Ella asintió, y yo le dije que no, que no tenía nada que hacer.

—¿Querés venir? —siguió—. Estaba pensando invitarte a vos, a Mónica, a Juan...

—¿Ya les dijiste? —pregunté.

—No.

—No les digas. Seríamos demasiados.

—¿Demasiados para qué? —dijo ella—. Tengo sillas suficientes en casa, y además mi televisor es de veinticuatro pulgadas.

—Bueno, disculpame, yo...

—Estaba bromeando. Me gusta la idea de que... estemos los dos solos.

Yo estuve a punto de tomarla por el cuello

con las dos manos, acercarla a mí, y besarla. Pero varias miradas revoloteaban desde el otro lado de la mampara de vidrio.

–En algún momento te vas a asustar –siguió Shirley.

–¿Sí? –dije– ¿y qué va a pasar entonces?

–Vas a buscar protección.

–¿Tenés teléfono? Si la película se pone muy brava podemos llamar a la policía.

Shirley rió. Yo, con mis dos pies, le aprisioné uno de los suyos bajo el escritorio. Ella me hizo una guiñada, sacó su pie y se levantó para irse.

–Después arreglamos bien la hora –me dijo, y salió.

Ya no tenía sentido llamar a Diana. Me quedé unos minutos festejando para mis adentros el triunfo. Shirley estaba interesada en mí. Apenas podía acostumbrarme a la idea. Si me ponía a pensar en otra cosa, después, al recordarlo, volvía a experimentarlo como una sorpresa. Al principio un susto, muy fugaz (“¿estaré a la altura de las circunstancias?”), y luego un delicioso sosiego, una paz con algunos picos de ansiedad, pero controlables; como un inofensivo y divertido cosquilleo, que esa noche se transformaría en una sola gran cosquilla física y mental para dúo de hombre y mujer.

Varias preguntas ridículas se me ocurrieron. Shirley había mencionado dos películas de terror. ¿Llegaríamos a mirar las dos? ¿Miraríamos sólo una, y los juegos eróticos empezarían luego? ¿O empezarían durante la primera película? ¿Apararíamos entonces el video para ir a la cama, o

esperaríamos al final de la película? ¿O haríamos el amor mirando el televisor?

Tomé un papel del escritorio y anoté “el día es la hora de las preguntas; la noche es la de las respuestas”. Miré lo que había escrito. Me gustó, aunque pensé: ¿no será al revés? En el mundo antiguo, quizá, me contesté. La noche llena de preguntas, el firmamento inexplicado, y luego del amanecer la tácita respuesta a todo, implícita en la tangibilidad y el peso rutinario de un modo de vida seguido por decenas o centenas de generaciones.

La entrada de Puglia por la puerta de vidrio me sacó de mis cavilaciones como si yo hubiese sido un trébol de cuatro hojas y él un insecto que me acabara de arrancar una, sumiéndome en la aburrida trifolia general. Pero un pequeño detalle tenía de particular esta situación; un detalle que oscurecía mi desabrida entrevista con Puglia como una mancha de tinta sobre un pagaré, que no dejara ver quién debe qué a quién. Ya me había detenido en este asunto; la variante de que Puglia viniera a verme a mí, en lugar de tener que ir yo a su oficina, luego de la correspondiente concertación anticipada. Pero si la enunciación de esta posibilidad, por boca de Natalia, me había sorprendido, mucho más me sorprendía ver con mis propios ojos al gerente metiéndose por primera vez –desde que había conquistado ese puesto– en mi guarida.

Sin embargo debo decir que yo viví esta sorpresa “en diferido”. Fue una sorpresa registrada en el momento de la aparición de Puglia, pero no sentida en simultaneidad con su elemento desencadenante. Y

la razón de esa demora está en que durante la primera fase de mi conversación con Puglia yo estaba todavía enardecido por mi aparente conquista de Shirley. Me sentía un “ganador”, y por lo tanto no asumí enseguida la singularidad de la visita del gerente. Fue como si, habiendo conquistado yo a Shirley, me hubiera vuelto merecedor de que todos mis superiores jerárquicos me trataran con más respeto (¿sería usted capaz, señor Puglia, de seducir a Shirley?).

Pero mi pedestal se desmoronó prontamente cuando, después de los saludos y antes de que yo pudiera entrar en tema, Puglia me empezó a hablar de lo que denominó “preocupación de la gerencia” respecto a la “distorsión” que la falta de trabajo estaba ocasionando en la repartición que yo comandaba.

—Sabemos que este mes no hay mucho que hacer —me dijo—, pero hay razones para temer que ese constante ir y venir de cafés y tés, ese ambiente de charla de boliche, de club social, se transforme en una costumbre de su sección, y que cuando haya realmente trabajo que hacer, el personal no rinda de acuerdo a las necesidades de la empresa. La gente se malacostumbra fácilmente, ¿sabe? Después no es sencillo volver a imponer la disciplina.

Inventé algunas excusas y Puglia se tranquilizó. Entonces abordé el tema que yo quería tratar con él. Le hice el planteo en forma clara y pausada. Él me escuchó con atención, mientras sus ojillos de ratón auscultaban mi escritorio y la decoración de mi recinto. Había casi terminado mi exposición cuando sonó el teléfono.

—Discúlpeme —dije a Puglia, y atendí.

Era Diana. Le pedí que volviera a llamar más tarde.

–Bueno –dijo Puglia cuando colgué; pareció dar por finalizada nuestra conversación–. Voy a charlarlo con la señora Natalia y en estos días volvemos a hablar.

No era común que él reconociera públicamente su necesidad de asistencia cuando había que tomar decisiones. Quizá –pensé– Natalia estaba ganando terreno; podían ser ciertos los rumores de que Puglia había mordido el anzuelo de su pubis.

El gerente se levantó de la silla donde minutos antes había estado sentada Shirley, y puso las palmas abiertas de sus dos manos sobre mi escritorio.

–No se olvide de lo que le dije sobre la disciplina –murmuró–. Aunque sea trate de llenar el ojo.

Observé que su pantalón era como el de un equipo deportivo; con elástico y sin bragueta. Pero la tela era como la de un pantalón de vestir.

–Sí –dije–, no se preocupe.

Puglia fijó súbitamente su atención en la figura de Nidia Basinger, impresa en el sobrecito de azúcar.

–Qué hembra, ¿eh? –dijo.

–Sí. Debe dominar muchas clases de garrochas –comenté, con doble sentido.

–¿Hay varias clases? –me preguntó Puglia.

Su expresión pareció de total inocencia. Pero era –pensé– una forma irónica de reproche frente a mi chiste de mal gusto.

–Dios no trabaja en serie –dije, intentando elevar el nivel de mi sentido del humor.

–Diosa –dijo Puglia, mirando el sobrecito.

–Sí –contesté, y el gerente abandonó mi territorio.

Yo me levanté para ir al baño, pero en ese momento mi teléfono sonó. Atendí y era mi hermana. Con voz asustada me comunicó que nuestro padre había sufrido un ataque al corazón y que estaba internado en el Hospital Lituano. Me puse el saco y corrí hacia la puerta de calle. Al pasar cerca de Rodríguez le dije lo que me pasaba y le pedí que informara de ello a Natalia.

El portero me ayudó a buscar un taxi. Se ofreció a acompañarme por si podía serme útil en algo, pero con amabilidad le dije que no.

Pedí al taximetrista que se apurara lo más posible. Temía que mi padre hubiera fallecido, y mi hermana estuviese esperando verme en persona para darme la noticia.

Apenas había llegado el coche a la esquina cuando noté que, como el que había tomado más temprano, tenía dos palancas de cambios. No era de la misma marca que aquél. Además, era un modelo viejo. Esto reforzó mi idea de que el tener dos palancas no era un rasgo de fabricación sino una invención de algún tallerista. Pero ¿dos coches en un mismo día, de diferentes marcas, que hicieran sus reparaciones en el mismo taller? Pensé que quizá ambos taxímetros pertenecieran a la misma agencia, y que esta agencia debía tener taller propio o un convenio para enviar sus coches averiados a un determinado taller. Quise preguntar estas cosas al taximetrista, pero no encontré así de pronto la forma

de hacerlo. La gente que entiende sobre motores rara vez tiene disposición a brindar explicaciones claras a quienes no conocen la materia. En general son, o bien pedantes –y se ponen a hablar largo rato con términos que sólo ellos entienden, y uno aunque no entienda debe decir a todo que sí– o bien antipáticos y muy cortantes en sus respuestas, dando a éstas siempre un tono que lleva cosido el reproche al interlocutor por su ignorancia.

–Perdón –me decidí a decir–, he visto varios coches últimamente con dos palancas de cambios, como éste. ¿qué ventaja les da eso?

–El sistema de cambios automáticos encarece mucho –contestó el chofer–, y siempre termina fallando.

–No me refiero a los de cambios automáticos –dije–. Yo siempre vi una sola palanca en los coches.

–Cuestión de gustos –dijo él–. Yo prefiero tener dos.

Había algo irónico en su forma de hablar. Casi creí entender en esa última sentencia suya una especie de homologación del orgullo con que el hombre porta su par de testículos. Eso me fastidió. Deseé que el tipo debiera acudir a mi oficina alguna vez por algún motivo, y allí le enseñaría yo lo que es jugar con la gente.

El Hospital Lituano era un edificio de imponentes dimensiones. Entrar allí era como entrar a una catedral. Sentirse aplastado por una magnificencia arquitectónica tras la cual a uno lo convencen de que esconde la grandeza de Dios o de

la medicina, según el caso.

Había poca gente en los corredores. Aquí, allá, alguna hormiga lejana. Tanto mejor. En los hospitales atiborrados de gente la medicina se convierte en veterinaria bovina. Bastante alta era la cuota mensual de afiliado al Hospital Lituano, pero ni mi padre ni mi hermana ni yo queríamos renunciar a ese renglón en nuestro presupuesto; nos sentíamos seguros allí.

Mi hermana me recibió con buen semblante. Estaba fumando en el pasillo, junto a la puerta de la habitación donde se hallaba nuestro padre.

—¿Cómo está?

—Mucho mejor. Mañana ya puede volver a casa. Va a tener que cuidarse, pero el doctor dijo que no hay impedimentos para que lleve una vida normal.

—Voy a entrar —dije.

Ella se quedó, para terminar el cigarrillo.

Mi padre estaba casi sentado en la cama. Se alegró de verme, y no observé en él rastros de fatiga o de ese envejecimiento repentino que sobreviene a veces en las personas mayores cuando su salud recibe algún jalón brusco.

—Cómo estás.

—Bien. Ya pasó.

—Mucha joda.

—No, no es eso. Nuestra familia es así. Tu abuelo murió del corazón. Yo ya no me puedo hacer el loco.

—Como yo te digo, viejo: demasiada joda.

—Puede ser. Yo creo que después de fallecer tu madre yo me emputecí.

–¿Por qué decís eso? –le pregunté–. No sos una mujer.

–Una mujer puede permitirse llevar cierta clase de vida que... en el caso de un hombre no sería muy bien vista –dijo mi padre–. Al menos en mis tiempos era así. Yo prefiero llamar a las cosas por su nombre. Aunque se trate de mí.

Estas palabras me preocuparon. ¿Acaso mi padre se había vuelto homosexual? Así se lo pregunté de inmediato, y para mi tranquilidad respondió con una rotunda negativa. Suspiré.

–Sería el colmo que, teniendo una veterana como esa que te vi el otro día, se te ocurra hacerte dar por atrás –le dije.

–¿Por atrás? –se sorprendió–. No sé de qué me hablás.

–Vamos, viejo. Está bien que a vos no te guste hacerlo, pero no digas que...

–La juventud inventa cosas muy extrañas –me interrumpió mi padre– yo ya estoy viejo para ponerme a aprenderlas.

–¿Qué juventud? –exclamé, con tono subido– ¡Si eso es más viejo que el agujero del mate!

Mi hermana entró a la pieza.

–¡No hagas rabiari a papá! –me dijo–. ¿Estás loco? ¡Tu padre se está reponiendo de un ataque al corazón, ¿y vos te ponés a gritar?!

–Está bien, está bien –me calmé–. No te pongas a gritar vos también.

Mi padre nos pidió que llamáramos a la enfermera.

–¿Qué pasa? ¿Te sentís mal? –le preguntó mi

hermana.

–No. Es para que me lave un poco. Estuve transpirando mucho.

–Bueno, yo voy –dije.

Salí y encontré a la enfermera en el pasillo. Le pregunté si le tocaba a ella atender a mi padre y me dijo que sí. Entramos a la pieza. Mi hermana le pidió que trajera jabón, toallas, alcohol y agua tibia. La enfermera refunfuñó, porque evidentemente no necesitaba tanto detalle: conocía su trabajo. Señalé a mi hermana eso pero ella me mandó a paseo y se puso a ayudar a mi padre a sacarse la camisa del pijama. Entonces vi algo que me espeluznó. Mi padre tenía el pecho en carne viva. No pude sostener la mirada. Una náusea incontrolable se apoderó de mí. Salí a buscar un baño, mientras la imagen de ese pecho se me aparecía intermitentemente. Yo la borraba y ella volvía, como un latido de asco. Dos círculos cóncavos de un rojo amoratado, dos enormes ojos de carne que me habían mirado durante una fracción de segundo; el uno ocupando toda la zona del corazón (órgano que sin embargo –y por suerte– yo no había alcanzado a ver por esa cavidad), y el otro idéntico pero en el otro lado del pecho. Una imagen que no entendía, y de la que quería saber pronto qué significaba en términos médicos. Traducir cuanto antes esa horrible visión a un lenguaje civilizado, arrancarla de la pesadilla y llevarla a algún tipo de realidad soportable.

Entré al baño y a la segunda arcada vomité lo que quedaba de las galletas y de los dos cafés que había tomado. Todo a mi alrededor se había oscurecido, jadeaba, y veía las paredes y el mingitorio bañados

en una especie de resplandor verde, como cuando uno ha sido encandilado por un cierto objeto y continúa viendo su huella aun cuando dirija la vista en otra dirección.

Poco a poco el resplandor cesó, y el sabor amargo en mi boca fue perdiendo poder. El jadeo se empezó a parecer a mi respiración regular, y entonces la evocación de la imagen del pecho de mi padre –todavía involuntaria– fue menos vívida, más rígida y fotográfica, y su carga de espanto se había atenuado ya considerablemente.

La loza blanca de la pared fue como un bálsamo para mis ojos. Otra vez me sentía bajo el ala de mamá gallina en ese edificio que a través del cómodo espacio de ese baño cuidado y perfectamente pulcro parecía decirme que todo estaba bajo control. Me puse a pensar entonces más fríamente en lo que había visto. ¿Qué sucedía? ¿Habían operado a mi padre? De ser así, ¿por qué no estaba vendado?

Iba a salir del baño, resuelto a interrogar severamente a mi hermana y al médico que estuviera a cargo de papá; pero antes quise abrir la canilla del mingitorio, para limpiarlo.

No la encontré. Había, sí, un botón de cisterna en la pared. Lo oprimí y empezó a circular agua en el mingitorio. Este mingitorio –observé– estaba situado a una altura bastante mayor que la habitual.

Sentí en ese momento ganas de orinar (había venido posponiendo esto desde antes de salir de la oficina), y sólo pude hacerlo en puntas de pie. Noté entonces que el desagüe del mingitorio no estaba formado por un grupo de pequeños agujeros –como

era lo clásico– sino por un solo agujero grande, como el de un inodoro.

Volví a la habitación de mi padre. La enfermera había terminado de asearlo, y se retiraba. Mi padre tenía ya la camisa puesta y su aspecto era de lo más saludable.

–¿Qué te pasó? –me preguntó mi hermana.

–Nada, nada. Debo haber comido algo que me cayó mal –dije. No quería hablar del asunto delante de mi padre.

–Es malo desayunar con ginebra –dijo éste.

Me reí.

–Eso no lo hago más, papá –dije–. Tengo una sección a mi cargo. Tengo que estar fresco en las mañanas.

–Ponele hielo, entonces, por lo menos.

Miré de reojo el pecho de mi padre. La camisa estaba bastante ajustada a su cuerpo. No se notaban las cavidades. Por un momento dudé sobre si las había visto realmente. Pero fue una duda muy calculada, muy defensiva. Muy racional. Solamente una expresión de deseo, inmediatamente desmentida por la firmeza de mi recuerdo.

–Estoy tomando café, solamente.

–Café con ginebra, qué rico.

–Vos callate –dijo mi hermana–. Tenés que suspender la bebida.

–El médico no me dijo nada.

–Ya te lo va a decir.

–¿Qué médico es el que te atiende? –aproveché a preguntar.

–El doctor Moro.

—¿Cardiólogo?

—Sí. Y cada tres horas viene el médico de guardia, a ver si está todo bien.

Pasamos una media hora conversando sobre trivialidades. Mi padre se durmió. Pregunté a mi hermana cuál de los dos se quedaría esa noche cuidando a papá. Ella se había tomado el día libre en su trabajo y me propuso que yo regresara al mío y volviera a la noche para relevarla.

—Le avisé también a Diana —agregó—. De repente viene.

Me enojé.

—¿A Diana? ¿Para qué le avisaste a Diana? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—No grites. Ella conoce a papá, ¿no? Además la llamé porque no podía comunicarme con tu oficina. Después sí pude. ¿Diana no te llamó?

—Me llamó un rato antes que vos, pero no creo que ya hubiera hablado contigo. Yo no la pude atender porque estaba en reunión.

—O sea que tus reuniones son más importantes que la salud de papá.

—No digas pavadas, ¿no ves que estoy acá? Además ya te dije, creo que cuando Diana me llamó no debía estar enterada de esto.

—No sé. Estuvimos charlando bastante, con Diana. Ella me dijo que te estás comportando de modo extraño últimamente. Anoche se acostaron juntos pero vos no quisiste hacer el amor.

—¡Pero Beatriz, esto es el colmo! ¿No te metas en mi vida! No sé por qué mierda Diana se pone a hablar de esas cosas contigo. Le voy a tener que